

DAVID HUME, HOY

I

Se cumple en este año de 1976 el segundo centenario de la muerte de David Hume. Y lo primero que llama la atención de quien quiera hoy registrar el significado de su persona y de su obra es la abundantísima bibliografía que en los dos últimos siglos ha ido acumulándose en torno al gran pensador escocés. Esta circunstancia dificulta en extremo la labor de poner en unas páginas cosas que no sean ya sabidas y que puedan contribuir —en cierta medida, cuando menos— a delinear el perfil humano e intelectual de Hume con mayor claridad. Se da entre nosotros la tendencia justificable de subrayar aquellos aspectos de la epistemología humeana que han hecho de su autor, de entre todos los pensadores del siglo XVIII, el de mayor actualidad en el orden filosófico¹. La modernidad de Hume, a la que se ha aludido tantas veces, se debe a una doble circunstancia: En primer lugar, la declaración kantiana que reconoce a Hume como el encargado de despertar al de Koenigsberg de sus duermevelas dogmáticas, ha sido, y todavía lo es para algunos, la frase feliz que por sí sola ha dado a Hume un lugar privilegiado en la historia del pensamiento de Occidente. El enorme prestigio que la figura de Kant disfruta en la Europa Continental sitúa a Hume en un puesto cuya importancia casi exclusiva radica en ser vía de paso. A fuerza de mirar a Hume desde Kant y de no añadir a la cuenta del primero ninguna otra cifra de importancia, ha quedado el filósofo de Edimburgo, para muchos, relegado a la ingrata condición de pensador transicional en el que rara vez merece la pena hacer un alto.

La segunda circunstancia que explica —con mayor razón, según pienso— la actualidad de Hume, es el tono de algunas filosofías que por el mundo corren en estos tiempos. El moderno positivismo, tan popular en los círculos de la filosofía anglosajona, recurre con no poca frecuencia a Hume, más que a Mill, cuando quiere buscar los indicios de su simiente histórica. Esa busca es legítima, y a ella se han dedicado recientemente no pocos estudios, algunos de indudable valor². Mas, con ser importante, la cuestión de reconocer en Hume un precedente de movimientos filosóficos estrictamente actuales nos pone a pique de volver a las andadas y de transitar por el filósofo escocés sin detenernos apenas en él.

1 Véase, Enrique Tierno Galván, *Prólogo a David Hume, Ensayos Políticos* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1955).

2 Cito uno de ellos: Ferhang Zabeeh, *Hume, Precursor of Modern Empiricism*, segunda edición (Martinus Nijhoff, La Haya 1973).